

Lucas 13:31-35

Sermón Lucas 13:31-35 Cuaresma 2 2016 Jeremías 26:8-15; Filip. 3:17-4:1

“Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: —Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Él les dijo: —Id y decid a aquella zorra: “Echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra”. Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste! Vuestra casa os es dejada desierta; y os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el tiempo en que digáis: “Bendito el que viene en nombre del Señor”.” (Luke 13:31–35)

Jesús está en un camino que por última vez lo llevará a Jerusalén. Pero está tomando su tiempo. Parece que algunos se molestaban porque Jesús todavía estaba en su región, y acudieron a amenazas para que salga de allí. Jesús sí se irá, pero a su propio tiempo y con su propia misión, que ellos de ningún modo podrán frustrar.

Pero sobre todo, lo que este texto nos revela es el gran amor de Jesús, aun para un pueblo que lo rechaza y que insiste en seguir un camino que sólo llevará a su destrucción. Tiene ese mismo amor para con nosotros, el mismo deseo de salvarnos. ¡Que nosotros con incredulidad o indiferencia no frustremos este amoroso deseo de Jesús! Meditemos hoy en el tema: Jesús busca salvar a su pueblo. I. No permitirá que nada le impida hacerlo. II. Jesús quiere redimir a todos por los cuales da su vida. III. Queda el camino abierto por el arrepentimiento y la fe.

Jesús quiere salvar a su pueblo. Para esto ha venido a este mundo. Y no dejará que nada frustre su propósito, que es, dar su vida por los pecados del mundo. Aun cuando el diablo buscó frustrar este propósito en la tentación, Jesús lo reprendió con la palabra de Dios y siguió fiel en la misión que su Padre celestial le había encomendado.

En el texto, un grupo de fariseos viene a Jesús con lo que parece ser una advertencia ominosa. Su advertencia es como sigue: *“Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar”*. No hay otra

evidencia de que Herodes haya tenido esa intención. Más bien se nos informa que quería ver a Jesús. Tal vez estos fariseos fingían tener los mejores intereses de Jesús en su corazón, inventando esta amenaza con la esperanza de que Jesús se largara de allí, es decir, de la parte del territorio de Galilea y Perea donde se encontraba en ese momento de su viaje.

Frente a esa amenaza, la respuesta de Jesús es tajante. *“Id y decid a aquella zorra: “Echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra”*. Menciona primero las actividades en que se ocupaba. Echaba fuera demonios y hacía curaciones. Así demostró su voluntad misericordiosa hacia los que estaban afligidos por el diablo, el que había ocasionado la caída de los hombres en el pecado, y a los que sufrían de los resultados del pecado, entre los cuales se encuentra también la enfermedad física. En señal de la plena liberación final con la entrada en la vida eterna, Jesús demostró con sus milagros su poder divino sobre todos los grandes enemigos de la humanidad.

Jesús no tenía ninguna intención de abandonar este testimonio en acciones. Pero usa una expresión que indica que también sabe que el tiempo para llevarlo al desenlace final de su misión está cerca. *“hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra”*. Lo más probable es que está indicando que queda un tiempo corto, pero no necesariamente tres días literales. Cuando dice que al tercer día *“termino mi obra”*, quiere decir que llegará a la meta de toda su obra, que es precisamente el fin de su vida en esta tierra por medio de la crucifixión.

No huirá para evitar la muerte; la muerte es su meta, pero no allí, sino en Jerusalén. *“Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino, porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén”*. Jerusalén había ganado fama, o notoriedad, por su resistencia constante a los mensajeros que Dios envió a ella. Isaías, Jeremías, y muchos otros sufrieron el rechazo y la persecución allí. Y ahora había llegado el gran profeta como Moisés que había sido profetizado, al cual el pueblo debería escuchar. Más bien, el pueblo en general lo rechazó y se hizo complot para matarlo.

Pero Jesús indica que esto es necesario, *“es necesario... siga mi camino*. Es la necesidad divina. Este colmo del rechazo de su mensajero o profeta era el medio que Dios mismo había escogido para obrar la redención por su pueblo y por el mundo.

Iba a morir, pero no allí, sino donde el profeta tenía que morir según el plan de Dios, en Jerusalén. Nada podría detenerlo para que no fuera a ese fin de su obra. Si se dejara disuadir, sería la prueba de que no era el verdadero Profeta, sino uno falso que no predicaba la palabra de Dios ni cumplía la obra de él. En el momento que Dios había determinado, Jesús moriría, no antes, y no en otro lugar sino el que Dios había designado, en Jerusalén.

El pueblo al que había sido enviado no lo recibió (Jn 1:11). Pero Jesús no dejaba de anhelar su salvación. Prorrumpió en un lamento por Jerusalén, en que usa una de las imágenes más tiernas de su amor salvador. “*¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, pero no quisiste!*”

Lo que Jerusalén hará con él es lo que ha hecho con tantos otros mensajeros que Dios envió para advertirles y llamarles al arrepentimiento en el pasado. Pero a pesar de esta historia sórdida de oposición a los voceros de Dios, de persecución a los profetas, y a pesar de saber lo que iban a hacer con él, Jesús está lleno de compasión y del deseo por la salvación de este pueblo. “*Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas*”. Así como la gallina extiende sus alas y los polluelos se refugian allí, encontrando calor y protección, Jesús quería recoger a este pueblo rebelde y sólo proveerles lo que es bueno y beneficioso para ellos. *¡Cuántas veces!* Todo su trabajo, todos sus milagros, toda su enseñanza ha tenido el objetivo de rescatar a estas personas de la condenación que les esperaba. Este mismo viaje a Jerusalén para ser crucificado conforme al plan de Dios para redimir la humanidad, y a pesar de que ellos serían los por los cuales se llevaría a cabo ese plan de sacrificar a Jesús en lugar de los pecadores, buscaba también la salvación de ellos. Sólo había un gran problema, “*pero no quisiste*”. La incredulidad, no creer en Jesús como el Redentor que daba su vida por ellos, la falta de arrepentimiento, resultaría en la destrucción del pueblo. No porque Dios y Cristo no deseaban su salvación. No porque Dios dejaba algo sin hacer que necesitaban para su salvación, sino sólo por una razón, su rechazo terco del Hijo de Dios. “*Pero no quisiste*”.

Por eso Jesús tuvo que pronunciar sobre ellos las más solemnes palabras de juicio. “*Vuestra casa os es dejada desierta*”. Vuestra casa podría referirse al templo, la casa de Dios en donde Dios había decidido estar presente para su pueblo y en medio de su

pueblo, o podría referirse a la ciudad o el pueblo mismo. Pero el mensaje terrible queda. Dios mismo abandona al pueblo a la destrucción porque han colmado su desobediencia rechazando aun al Hijo que Dios había enviado a su pueblo en estos últimos días. Con eso se hacía inevitable la destrucción de Jerusalén por los romanos unas décadas más tarde.

Sin embargo, hay esperanza. Jesús cierra con las palabras: “*os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el tiempo en que digáis: “Bendito el que viene en nombre del Señor”*”. Estas palabras del Salmo 118 se pronunciaron cuando Jesús entró en Jerusalén en el Domingo de Ramos. Vino en el nombre del Señor. Vino para proveer salvación. Pedro predicó en el día de Pentecostés acerca de Jesús: “A este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo” (Hch 2:23). Pero cuando la gente reconoció su pecado, fue herido en su conciencia, y clamaron: “Hermanos, ¿qué haremos?”, Pedro les dio esta respuesta: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo ... Sed salvos de esta perversa generación” (Hch 2:38,40). Sí, reconociendo su mal, reconociendo que la salvación estaba sólo en el Cristo a quien habían rechazado, hallarían la salvación, y no perecerían con esa perversa generación.

¿Qué tal nosotros? ¿Se puede decir de nosotros “pero no quisiste”? Me temo que demasiadas veces así es. Cuántas veces no ha sucedido que se ofrecía la palabra de salvación en la iglesia, pero hemos sido demasiado ocupados, y no estuvimos. Cuántas veces hemos estado, pero hemos permitido que nuestra mente vague en cualquier otra cosa, y no hemos prestado atención a lo que nuestros oídos escuchaban, de modo que no podía penetrar en nuestro corazón. Cuántas veces hemos escuchado y reconocido que la palabra estaba realmente revelando un pecado que estaba en nosotros, pero hemos dicho que después tal vez cambie, mas todavía no. Y así hay un sinnúmero de maneras en que no hemos querido.

Pero también nosotros tenemos un remedio. Volver al mismo Jesús a quien hemos seguido tan tenuemente, pedir perdón por la tibieza de nuestra fe, y volver con todo el corazón a aquel que siguió todo el camino a la cruz, porque deseaba nuestra salvación. Y así nosotros, con todo corazón, podremos también clamar cuando él venga para llevarnos al cielo: “*Bendito el que*

viene en el nombre del Señor". Refugiémonos diariamente bajo sus misericordiosas alas, confiando sólo en él que dio su vida por nosotros para nuestra salvación. Amén.